

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

Salé los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion.	15 reales.
Por seis id.	28 »
Un año id.	50 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesas.

Se suscribe en la Habana:—Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHI

¡Dichosos los que se van!

Hé aquí la frase que todos pronuncian con cierta tristeza mezclada de envidia, sea cualquiera el lugar en que se encuentren.

Parece que el marcharse es una felicidad, desconocida por Romeo cuando prolongaba los instantes en el balcon de Julieta, esperando á que el vuelo de la alondra le anunciase la vuelta del dia.

Y verdaderamente que debe ser penosa esa mirada melancólica, ese esfuerzo que hacemos para ver partir, sin lanzarnos en su seguimiento, al amigo ó al pariente que emprende su viaje.

Toda separacion es triste; todo movimiento hácia climas ó lugares lejanos tiene algo de fatal; la ausencia es como una divinidad propicia, que cura los males que ella misma acarrea; el horizonte que hoy nos encanta, el sonido que nos seduce, la palabra á que estamos acostumbrados, el cariño de la esposa, el plácido del amigo íntimo, todo, todo se pierde en cuanto suena el silbido de la locomotora ó el látigo del mayoral; y sin embargo, los que se van caminan alegres, y los que se quedan parecen estatuas de D. Bartolo, contemplando con caras de yeso la columna de polvo ó de humo que forma en el horizonte el tren ó la diligencia.

Y cuando ya se borra en lontananza la última línea, se vuelven unos á otros, y se dicen desde el fondo del alma:

¡Dichosos los que se van!

Y nunca como ahora podemos decir en Madrid que envidiamos á los que se van.

Cuántos menos quedamos, más es el ansia de no quedarnos.

Desde la feria de Sevilla, Madrid empezó á sentir el vacío.

Vinieron despues las fiestas del Centenar en Valencia.

Siguen ahora los estudiantes que terminan su curso.

Y antes, ahora y despues, los que viajan por recreo, los que no se encuentran bien en ninguna parte y los que temen algo, emprenden sus caminatas por esos mundos de Dios.

¡Dichosos los que se van!

En la imposibilidad de marcharme y queriendo marcharme al propio tiempo, se me ha ocurrido hacer un viaje,—el único que la suerte pone á mi alcance. Voy á hacer un viaje por mi cartera.

Yo esperaba con cierta ansiedad el debut de las compañías de verso, zarzuela y baile internacional en el teatro Chino, de los jardines de Apolo, pero hasta este consuelo me ha negado el destino.

Es verdad que la primera funcion anunciada no es nueva.

En cambio tendré el gusto de ver las numerosas parejas de baile y calcular por la fisonomía de las bailarinas los lances amorosos de los abonados.

Los teatros se van poniendo ya á la altura de un elegante bazar, donde la belleza de los géneros atrae las miradas de los curiosos.

Arderius, á pesar de su mérito artístico y el de algunos de sus bufos compañeros, ha comprendido esta verdad, y cuando formó la compañía que hoy está haciendo las delicias de los barceloneses, tuvo muy en cuenta las caras de las coristas.

Sus presentimientos no le engañaron.

Cuando una corista solicitaba entrar en la compañía de los bufos, solía exclamar Arderius:

—La veremos.

—Tiene buena voz, añadía el que la presentaba.

—La voz es lo de ménos, volvía á decir Arderius; como tenga buena cara y se contente con poco sueldo, la ajustaré. Para ser bufo se necesita una condicion indispensable: el hombre ha de ser feo, y la mujer bonita. Estas gracias son eternas, pertenecen á todos los tiempos, agradan en todas partes, y no hay público que las resista.

Este mismo criterio pienso yo, humilde partidario de los bufos, aplicar á las compañías de baile del teatro Chino.

En vano saldrá una artista coreográfica á hacer habilidades saltando por abajo y por arriba, á derecha y á izquierda; yo, contra la costumbre, miraré á su cara y á su sonrisa (porque toda mujer que baila debe sonreír), y si me gustan, pasaré por alto los trenzados y los batimanes.

La consecuencia de esta manera de juzgar el arte, fácilmente se adivina.

La naturaleza ha vuelto á recobrar su imperio sobre el arte.

O en otros términos:

El arte ha descendido tanto, que se ha puesto á los pies de la naturaleza.

Luis Rivera

¡IL PIU INFELICE MORTALE!

Sentados alrededor de una mesa de café cursi hallamos tres ciudadanos de mal trapío, ocupados al parecer en asuntos serios.

La casualidad, que todo lo hace, nos hizo ocupar la mesa inmediata y oír lo siguiente:

—Caballeros, aquí los tres nos tenemos por desgraciados, decia el ménos alicaído de ellos.

—Mi desdicha está á la altura de mi buhardilla, repuso el uno.

El otro bostezó como el que tiene necesidad, y les lanzó una mirada de tristeza.

—Pues, señores, exclamó el que habia abierto el debate; para apreciarnos mejor en adelante, se hace preciso que cada uno desembuche la historia de su vida y las peripecias que ha sufrido. El más desgraciado se llevará este medio coracero que está encima de la mesa. No hay otro premio por ahora.

—Convenido, objetaron á una los otros. Puede usted empezar su relacion.

—Pues oído á la caja: mis hazañas están referidas antes que puedan tomar Vds. un vaso de café.

Si me lamento de la suerte, no es por la desgracia de mis primeros años; yo nací rico, y al ser de mayor edad, al cumplir los veinticinco, me hallé huérfano y dueño único de un capital muy decentito. La primera y única pasion me la inspiraron los toreros; en mi aficion al arte, no habia sacrificio que yo no hiciera por rendirle constante culto y obtener la simpatía de los chicos. Buscando lo primero, me tenian Vds. viajando continuamente desde Madrid á todos los pueblos de España donde hubiera una corrida: consecuente á lo segundo, mi casa era el cuartel general de toda la chulería que profesaba la tauromaquia. Cenas, cigarros y un par de onzas para un apuro no faltaban á ninguno, con tal que hubiera sacado un cesto de arena al redondel. Bastaba este mérito para obtener mi proteccion. Como á aquel baron del Monte que figura en una zarzuela que despues he visto, no satisfacía á mi pasion comer y gastar con ellos para que me tuvieran por campechano. Quería organizar el toreo como las otras carreras del Estado, y despues de construir dentro de mi propia casa una pequeña plaza, con objeto de que hubiera un colegio preparatorio para la juventud, y un retiro honroso para los espadas que, contando algunos años de servicio, destinaba al profesorado, me propuse llevar mi idea á las esferas del gobierno.

Solicité antes el apoyo de la prensa, obteniendo buena acogida entre algunos humorísticos periodistas. Por entonces encargué á Santa Coloma el reglamento de toros que despues se ha publicado. Llenas están las gacetas de aquel tiempo de elogios en prosa y verso, sobre mi idea y mi patriotismo.

Puede asegurarse que entre los contemporáneos, solo yo y Estrada, que por entonces fundaba con mi apoyo un periódico de literatura del porvenir, hemos obtenido honras, póstumas por lo regular para los innovadores de tamañas empresas.

Los acontecimientos políticos de aquella época retardaron mi noble propósito; mas no pasó mucho tiempo sin que yo convocase á un meeting á todas las ilustraciones del país, que cansadas de tanta lucha estéril, las creía ávidas de una idea generosa que sacara á la nacion del abatimiento que la postraba.

Yo recorrí la Península desde Bayona á Cádiz, y desde el Cabo Ortegal al de Finisterre, haciendo la propaganda más rabiosa que pudiera hacer un fanático.

Enardecido como Pedro el Ermitaño cuando buscaba con fervor religioso gente para la Palestina, hice esfuerzos supremos para que todos los pueblos enviasen un miembro á mi congreso.

Llegó por fin el dia prefijado, que abrió la tumba á todas mis creencias generosas.

Un solo individuo de los afiliados acudió á la cita, y este para brindarme con la contrata de caballos en las corridas del Pilar de Zaragoza.

Pasaron algunos meses antes que yo pudiera reponerme del patatús que me habia ocasionado tan terrible desengaño.

Cuando volví en mí, me encontré en un lecho del hospital general, arruinado completamente.

Busqué á todos los que habia favorecido con tanta largueza, y todos me volvieron bruscamente la espalda. Un banderillero más pudoroso que los demás hombres, me arrojó un dia para que cubriera mis carnes este trapo raído, en el que vivo embozado desde aquella fecha, por no llorar la maldad de mis semejantes.

Como el senador romano, puedo exclamar liándome en el capote: *Tu quoque Torero.*

El narrador echó mano al cigarro ofrecido como premio al vencedor; pero otro de los ciudadanos, cogiéndolo por la otra punta, rompió el silencio con estas frases:

—Mis desgracias son grandes, y no procuradas por mis locuras, como las de este hombre.

Ni he tenido consejos que me guiaran en mis primeros años, ni un capital para despilfarrarlo entre toreros.

Desheredado por la fortuna, mi nacimiento lo debí al choque casual de Venus y Marte allá en la Virgen del Puerto.

Corrieron mis primeros años á orillas del ledo Manzanares, entre las miserias de aquellas casillas, gozando de las liberalidades de sus honrados moradores.

Mi existencia no fué la del granuja. Aprendí á leer y escribir en la misma escuela de la ermita, y entonces mis instintos, más levantados que los que cumplian al hijo de un cabo de cazadores, me arrastraron á buscar una posición en el mundo.

Un caballero principal, á quien mi madre lavaba los trapos, me tomó á su servicio, y desde aquí, al cabo de una existencia de veinte años continuos de rigidez y ejemplar conducta, logré una placita de escribiente con 6.000 reales anuales en una dependencia del Estado.

Entonces me casé; con mi modesta posición esperaba hallar la oscura felicidad objeto de mis ensueños.

Mi mujer era buena, pero era también muy fecunda. Al primer año de matrimonio Dios bendijo nuestra unión enviándonos dos rollizas criaturas.

En la misma época, respondiendo al laudable pensamiento de economías que agitaba á nuestro gobierno, el empleo que yo desempeñaba se rebajó, y quedó reducido á 4.000 rs.

Aun esto era poco; doce meses despues mi compañera daba á luz otra criatura, haciéndome concebir serios temores para el porvenir.

El gobierno, consecuente en su propósito, llegó á suprimir mi plaza con otras de igual consideración. Gracias á mis servicios, se me arregló un destinito con 8 reales diarios, pagados del material de la oficina.

Así he vivido cinco años, viendo cómo mi esposa, siguiendo opuesta conducta á la de nuestros gobernantes, no economizaba el aumentar cada año con un nuevo ser el personal de la familia.

Vengo de la oficina, donde me han dado la noticia de que en el nuevo presupuesto se suprime también el material del que percibía ese turronejo. Voy, pues, á mi casa, donde espero encontrar á mi mujer ofreciendo al mundo su octavo alumbramiento. Como no puede haber otro más infeliz que yo, voy á fumarme este medio cigarro, que nadie se atreverá á disputarme.

—Se equivoca Vd., exclamó el tercero de los familiares cuando el otro hubo terminado de hablar. ¡El cigarro será para mí!

TEMPESTADES DE LA VIDA

(Continuación.)

—Y yo, repuso Magdalena, juró no ser sino vuestra. Delante de este retrato que la noche nos oculta, pero que vos conocéis tan bien como yo, juro que á mi vez, viva ó muerta, me hallareis fiel á mi palabra. Y mientras tanto, partid. Todo lo que una joven noble puede decir, todo lo que puede prometer, lo he dicho y prometido.

—Magdalena, murmuró él; si muero lejos de vos, ¿no podré besar vuestra mano?

—¡René! ¡por Dios partid! dijo la joven con angustia.

—Pues bien, parto. El reposo de un solo momento de vuestra vida, lo compraría á precio de toda mi sangre. ¡Adiós!

René escaló de nuevo la ventana y comenzó á descender, pero en este momento Magdalena, radiante, salió de la sombra y le tendió sus dos manos que él cubrió de apasionados besos.

René desapareció y Magdalena despues de haber inutilmente hecho por verle en las tinieblas, volvió á su cámara con lentos pasos.

Habíamos quedado solos mi pastora y yo. Por la primera vez acababa de oír hablar de amor.

Una multitud de ideas, una armonía de dulces palabras subieron de mi corazón á mis labios.

Si un ser superior apiadado de mi tormento, hubiese descosido mi boca, ¿cuántos pensamientos, largo tiempo encerrados, hubiesen salido en tropel de mi imaginación!

Mientras que consideraba cariñosamente á mi compañera, la luna salió de entre las nubes, y su luz, llegando á nosotros á través de los árboles del parque, hizo jugar sobre nuestras caras la sombra de las hojas dulcemente movidas por el viento.

—¿Aún es Vd. más desgraciado?
—¡Señores, no tengo en el mundo más protectores que ustedes dos!

A. P. Rioja.

AL SON DE MI GUITARRA

Decía un chulo sentado á la orillita del mar:
—¡Jezucristo, si este mundo se reglaze á puñalás!

—GIL BLAS, toque usted el guitarro.
—Ya lo toco, buena moza.
—Ahora cante usted.

—¡Pues bueno está el tiempo para coplas!

Dos mujeres se han caído, me decía un inspector, una se fué al hospital, y la otra á la Exposición.

Que tienes muchos criados murmura la vecindad, puedes tener los que quieras, ¡como no piensas pagar!

Del árbol sale la flor, de la dor sale la fruta, y de la plaza de toros cada camelo que asusta.

Calle abajo, calle abajo, ¿quién vió pasar á mi dueño? Calle abajo, calle abajo, ¡si estará con el sereno!

Ayer dijo usted que hoy, hoy dice usted que mañana; ¡pues, hijo, vaya un negocio que haremos si usted no paga!

Un prestamista rumboso y un escritor con dinero, son dos sugetos distintos y ninguno verdadero.

Tú no has visto el Czar de Rusia paseando por Paris? Tampoco lo he visto yo y no me pienso morir.

Cuando paso por tu calle (que paso muy á menudo), y te asomas, me da un gozo... como si llevara un duro.

Estas sombras temblando sobre la fisonomía de mi amiga, producian una ilusión completa. Creía ver agitarse á la vez sus ojos y sus labios, y debí parecerle también animado.

Me figuré durante algunos instantes que estábamos dotados de movimiento. Escuchaba esperando recoger las palabras de mi pastora. La amaba y hubiera querido decirselo y oír de su boca una confesion semejante. Pero no oí mas que el ruido de un torrente que bramaba á lo lejos.

Muy pronto la luna se ocultó entre las nubes, y quedamos como antes, mudos, inanimados, oscuros.

IV.

Por esta época el horizonte se encapotó de nuevo. El pesar de Magdalena fué el preludio de grandes calamidades.

Revueltas, choque de armas, desórdenes en la capital, cautividad del rey, tales fueron los sucesos de los cuales llegaron al castillo confusas noticias.

Qualquiera que fuera mi ignorancia en estas materias, la prision de un monarca me parecia tener mucha gravedad.

Dichosamente para el castellano de Loiry estaba ya al abrigo de tales catástrofes.

En una fria mañana del invierno anterior, le habia visto llevar á una eminencia donde habian sepultado sus restos: más tarde, en este mismo lugar se elevó un monumento, sobre el cual pusieron una cruz de oro.

Si como se decía esta era su última morada, mucho habian bajado sus humos, pues con toda su vanidad, ocupaba menos sitio que yo.

El conde de Loiry, padre de Magdalena, reinaba pues como soberano en el castillo de sus antepasados.

La cautividad del rey fué para este señor una advertencia. Pensó, no sin razon, que los que eran capaces de levantar la mano sobre el primero del reino, no respe-

Mi amor es como el piano; tú eres la tecla, Pilar, yo el discípulo que estudia y tu madre es el peal.

Luis Rivera.

LAS NOTABILIDADES DEL DIA

EN TODOS LOS RAMOS.

EL SHAH DE PERSIA.

Continúo mi galería de retratos ofreciendo al paciente lector la vera efigie de otro soberano oriental.

En España se le conoce con nombre distinto del que tiene: en todas partes se le llama el *Shah*: aquí cuando nos ocupamos de él, que es bastante á menudo, decimos que es el gran *Tamherland de Persia*.

Con poco miramiento le hemos tratado hasta ahora: nuestra indiferencia para con este personaje ha sido muy cruel.

Hagámosle justicia, dándole á conocer, hoy que su estancia en Paris le aproximará á nosotros.

El *Shah*, cuyos títulos en el idioma oriental son *rey de reyes (schain schah)* y *centro del mundo (quibla alem)* se llama Nasr-ed-din, y desde el año 1848 rige los destinos de Persia.

Este monarca reasume en una sola tres personalidades distintas, ó como si dijéramos, tres reyes en uno.

El primero es el *Shah* solemne, el que las escrituras definen: «Majestad elevada como el planeta Saturno, á quien sirve el sol de estandarte, etc.» personaje que no se presenta á su pueblo más que con la esplendorosa tiara persa y el *Khalat de cachemira* bordado de oro y pedrería, manto tan pesado que cuando S. M. se le quita se queda tieso (el manto), asemejándose á una campana sobre el pavimento de nácar que sustenta el trono de la dinastía iraniana.

Bajo este punto de vista, el *Shah* permanece inmóvil, con los ojos fijos y con todo el aspecto de una *madona* adornada con bigotes negros.

La segunda persona es el *Shah* militar, «cuyos ejercicios son tan numerosos como las estrellas.» En este caso viste una levita como la de los militares franceses, surcada de sardinetas, las charreteras son muy voluminosas, el cinturón dorado, el alfange ostenta en la vaina riquísimos diamantes, y por último, completa su traje el turbante ó gorro persa, que es de astrakan, con un penacho sujeto por una placa de espléndidos brillantes. Ninguna ocasion mejor que esta para trazar su retrato.

Es alto, corpulento, sus ojos son negros, vivos, el color de su cutis de un blanco amarillento, sus facciones vulgares, y su boca se pierde bajo un largo y arqueado bigote negro, pero de un negro de carbon.

El traje de general es el que más usa: con él se entrega muy á menudo á su pasión favorita, la caza. Su destreza es proverbial.

Las cacerías solemnes, de etiqueta, no le divierten. Como buen cazador, no consiente ni siquiera que le levanten la caza; quiere hacérselo todo; y cuando no consigue demostrar la infalibilidad de su puntería en una pieza de carne y hueso, tira al aire una pieza de plátá ó de oro y la atraviesa de un balazo casi sin apuntarla.

tarian ni la persona ni los bienes de un gentil-hombre de provincia.

Cada dia tenia reuniones en la galería en que yo me hallaba. Los principales del país, unidos por un peligro comun, se juntaban allí y se preguntaban si seria conveniente resistir ó ceder, partir ó quedarse.

La confianza desapareció. Varios servidores partieron previendo desgracias, otros se quedaron, lanzando sobre los amos torvas miradas, y preparándose á oprimirlos cuando llegara el dia.

Solo Magdalena se mostraba estraña á estas preocupaciones. Entregada á su amor, inaccesible al miedo venia á buscar en mis ojos un consuelo á la ausencia de René, el más grande dolor de su vida.

¿Qué la importaba la fortuna, puesto que era demasiado rica para su amigo? ¿Qué la importaba la existencia, puesto que René estaba lejos de ella?

Este olvido del peligro me espantaba. Que un tártaro hubiese desgarrado mi cuerpo, no era nada. Pero la idea de ver sufrir á esta pobre niña, de corazón tan tierno y tan firme á la vez, me estremecía.

¡Comprendí que estaba amenazada!

Las criadas hablaban de denuncias, de señores presos y proscritos; de cabezas cortadas, de cosas horribles. En sus reuniones secretas se escitaban al odio y formaron el proyecto de entregar al padre y á la hija para hacerse dueños del castillo y de todas las riquezas que encerraba.

¡Ah! si desde mi altura hubiese podido destruir sus proyectos no hubiera quedado uno; ¡pero, yo debí permanecer inmóvil mientras ellos tramaban negros complots!

Creí ver que estaban vigilados; desde este momento quedé más tranquilo.

Entre ellos se hallaba un viejo llamado Antonio. Habia sido soldado y le creía fiel, pues le habia visto acariciar á Magdalena cuando niña y tributarla los cuidados más tiernos y paternales.

A fuerza de verle conferenciar con los otros y verle

SECCION DE ANUNCIOS



— ¡Vaya un método nuevo! Yo soy capaz de enseñar setenta ingleses por minuto.



Elefantes muy finos para señoras. — ¡Canario! Pús tendrá que ver una señora casada con un elefante por fino que sea.



— ¡Puñales! Con qué en Fransiá van á una mesma escuela los caballos y las zeñoritas, ¿ó qué monserga é ezta?



— ¡Específico para que salga el pelo? Es verdad, yo lo he usado y me salió todito... enredado en el peine.

también en inteligencia con el conde, acabó por creer que trataba de averiguar los proyectos de los sediciosos para denunciarlos al amo.

Antonio era un hombre de alta estatura, de una fuerza poco común, y capaz, á pesar de sus años, de tener á raya á la mayoría de aquellos fanáticos. Desempeñaba el cargo de intendente del castillo, y poseía toda la confianza del conde de Loiry. Administraba todos sus intereses, y yo le veía á menudo depositar á pocos pasos de mí, en un gran cofre con las armas de la familia, el oro, las alhajas y las piedras preciosas.

Casi todos los días abría una puerta hábilmente tallada en el muro, y desde aquella abertura sumas la volvía á cerrar. Hacía algún tiempo, sobre todo, que sus visitas al tesoro eran más frecuentes. Iba y venía, cer-

rando, contando y acumulando siempre, como esas hormigas, que en el verano encierran en sus viviendas, visibles para ellas solas, las provisiones que las han de servir para el invierno.

Una mañana se supo que el rey había muerto. Le habían matado en la plaza pública en presencia de una inmensa multitud.

Aquel día el conde de Loiry, pálido, temblando, vino á encerrarse con Antonio en la galería, y allí conversaron largo tiempo en voz baja.

Hablaban tan cerca uno de otro, que se oía solamente los murmullos de su conversación. Yo estaba en un suplicio: murmullos de sus palabras se me escapaban.

Por la agitación de sus rostros, comprendí que la situación era crítica; pero lo que ignoraban quizás, es que

el complot debía estallar al día siguiente. Esta idea me torturaba. Me hubiera bastado una palabra para salvar á una familia, y esta palabra no podía pronunciarla.

Por fin pude comprender de qué se trataba, pues Antonio se bajó y descubrió el cofre. El conde abrió un cinturón que llevaba sobre sus vestidos, y el fiel servidor lo llenó de oro, con todas las precauciones posibles, para amortiguación del sonido del metal, y después hizo varias recomendaciones al amo.

Este mostró que estaba armado.

— ¡Vamos! me dijo, Antonio lo sabe todo, y el amo está prevenido, pues procura por su defensa.

(Se continuará.)

Estas monedas régicamente taladradas son talismanes para los persas.

La vida pública del *Shah*, bajo el punto de vista militar, se reduce á pasar de cuando en cuando revistas, á visitar á los jefes de la religion, á dar paseos oficiales.

La tercera persona, la que soporta la pesada carga del poder, como decimos en Europa, aparece vestida con una especie de toga de colorines, adornada con rubíes y turquesas en el cuello, en la cintura y en los puños.

Antes de amanecer, como buen persa, el *Shah* se entrega á sus oraciones, y toma el té en el *endorum*, que es donde viven sus mujeres.

Dirigese en seguida con una regularidad ejemplar á una especie de kiosko ricamente adornado, y allí le llevan los periódicos europeos que le envían sus embajadores. Un lector le informa de lo que dicen los diarios de él y de su nacion, y le entera de las opiniones que existen acerca de la política oriental. Otra de las cosas que más llaman su atención son los adelantos geográficos: su majestad iraníana se vanagloria de ser tan gran geógrafo como sus antecesores.

Después de la lectura de los periódicos recibe á sus ministros y se ocupa con ellos de los asuntos del Estado hasta las doce del día.

A las doce los pajes de Nasr-ed-din, jóvenes escogidos entre las principales familias, sirven al rey la más fundamental y copiosa de sus comidas. El monarca habla con sus servidores, bromea y les hace cantar las canciones que más popularidad alcanzan en Teheran.

Después da audiencia al *Shah* á sus súbditos hasta el anochecer.

Nasr-ed-din adora las prácticas gubernamentales de Europa, y entre otras cosas, ha creado en 1862 una especie de Consejo de Estado encargado de recibir las peticiones de sus súbditos.

Leer estas peticiones es una de las delicias del monarca, y ver á sus ministros y consejeros sin poder resolver algunas y resolverlas él en seguida, es otro de sus gozes.

Hace algunos años envió á Europa á varios jóvenes para que estudiaran los idiomas europeos.

Un día se le antojó crear una universidad en Teheran, pero no habia profesores hábiles.

—Que vengan en seguida los jóvenes que estudian lenguas en Europa.

Y los jóvenes se convirtieron por real decreto en catedráticos.

Poco después quiso crear un cuerpo diplomático.

—Muy bien pensado, le dijeron sus ministros; pero no hay embajadores.

—Los catedráticos pueden servir para esos cargos.

Y sirvieron tambien.

Este mismo año ha decretado la organizacion municipal en Persia, y... ¡asómbrense Vds! los *ketkudas* ó alcaldes son de libre eleccion. ¡Qué profanacion! diria *La Esperanza*.

Pero qué más... ha establecido en su país la telegrafia eléctrica.

Gran cazador, gran geógrafo y gran hombre, desea ser tambien gran rey.

El día que subió al trono de los *Kadjars* hizo grabar en su sello real estas palabras: «Desde que Nasr-ed-din es rey, la justicia y la equidad reinan desde el fondo del mar hasta lo más alto del cielo.»

¡Literatura oriental!

Concluiré este boceto diciendo que tiene 47 años, que reina desde el año 1848 y cuenta por docenas sus mujeres y sus hijos.

¡Dichoso mortal! ¡Lástima que se lo coma la tierra!

Gil Blas.

CABOS SUELTOS

Repetidísimas quejas recibimos de doña E. M., suscritora al GIL BLAS en el Real Sitio de San Ildefonso.

Nosotros remitimos con puntualidad los números; ¿podrá saberse quién se queda con ellos?

Estando cerca, me escamo con falta que es tan notoria; y esto ya pica en historia, señor Director del ramo

La Regeneracion llama pirata á Garibaldi, bandido á Victor Manuel y miserable á Victor Hugo.

—No se incomode Vd., lector; únicamente se lo digo para que lo recuerde si algun diame permito yo calificar á alguno de los suyos.

Con motivo de la Exposicion de Paris, en la plana de anuncios de algunos periódicos se hace saber á las mujeres que *madama La Chapelle* es una gran profesora de partos.

Y pregunto yo: ¿pues qué, las mujeres que van á la Exposicion, van á Paris ó á parir?

Un solterón incorregible pasaba por la calle á tiempo que una joven desesperada se arrojó desde el piso tercero, y cayó encima de él.

—Pues señor, exclamó el célibe, toda mi vida huyendo de la mujer, y al fin me cae encima.

Nuestro colega *La Epoca*, tan acostumbrado á usar ciertos adjetivos laudatorios, llama eminente á un periódico inglés.

Siguiendo por este camino, llegará un día á decir: Los *apreciables* parroquianos del *eminente* chocolate de doña Mariquita, concurren todas las noches al *distinguido* establecimiento de la *pacífica* calle de Alcalá.

Con muchísima razon se lamenta *La Política* de que la compañía *Iberica de Riegos*, siendo de carácter industrial y privado, haya preferido al inaugurar el canal de Henares el elemento oficial al elemento agricultor, que es el que ha de aprovechar las aguas y recompensar á la empresa sus grandes sacrificios.

Parece que de todos los pueblos solo asistió el alcalde de Humanes, que brindó á satisfaccion de *La Correspondencia*.

Debo advertir que la empresa no convidó más que á tres ó cuatro periódicos: *La Epoca*, *La Correspondencia*, *El Pabellon Nacional* y *Los Sucesos*.

La empresa es muy dueña de no convidar sino á quien le dé la gana; pero por su bien le aconsejo que esa clase de distinciones no han de acarrearle muchos amigos.

Y no lo digo por mí ¡sábelo el Todopoderoso! porque ya he perdido esa costumbre, y hasta cuando me invitan á almorzar, como hizo la empresa del canal manchego, agradezco el recuerdo, pero no almuerzo. Desde que veo ciertas cosas tengo el estómago perdido.

Solo hubiera yo asistido al canal de Henares sabiendo que el alcalde de Humanes iba á brindar de una manera tan chispeante.

¿Qué demonio habrá dicho en el brindis esta autoridad, que así cautivó á los pocos pero escogidos periodistas que asistieron á esta solemnidad campestre?

Varios periodistas asistieron á un banquete que se dió en el Suizo para celebrar la inauguracion del Canal del Principe Alfonso.

Después de brindar y hablar de no sé qué alianzas entre Carolina Coronado y su señor esposo, dice un periódico:

«Con tal motivo, los periodistas, que siempre hallan ocasion para *actos importantes*, promovieron la idea de enviar á dicha señora (á Carolina) el magnifico ramillete que adornaba la mesa.»

Francamente, suponiendo que un ramillete está siempre bien puesto en manos de una señora, no sé hasta qué punto habrán realizado mis hermanos los periodistas un *acto importante*.

Voy á preguntárselo al jardinero de la esquina.

Ahora es el virey de Egipto el que llama la atención en Paris.

¡Pagará tambien las visitas á 10.000 francos como el Czar de Rusia?

En la Habana se va á publicar un periódico titulado *El Mensajero de las damas*.

—¡Pase Vd. adelante, con ellas!

Segun dice *La Esperanza*, nuestros obispos llevan mucho dinero á Roma.

El 19 de junio, entre los pocos obispos que habian llegado, parece que se habian reunido 12 millones para el Padre Santo.

La Política copia de *El Iris* de Barcelona el siguiente párrafo, que se refiere al viaje de los obispos:

«Por fin, y después de navegacion tan feliz, arribó el *San Quintin* al puerto de Civitta-Vechia, en donde esperaban el desembarque de los ilustres viajeros las autoridades de aquella poblacion. Lo mismo fué saltar en tierra los viajeros que se dirigian á Roma, que sintiendo la mar la ausencia de tan dulce peso, se enfureció terriblemente, manifestando su coraje con los roncos bramidos, presagio de tempestades.»

¿Ha visto Vd. qué genio tiene el mar?

El general italiano conde de Pallavicini, de unos cuarenta años de edad, casó hará un año con una joven de Calabria, y en la actualidad vivia con ella en esta provincia, donde estaba encargado por el gobierno de perseguir el bandolerismo.

Al entrar en su casa de uniforme (sin duda no le esperaban) sorprendió á su mujer en fragante delito de infidelidad: sacó la espada y le cortó la cabeza. El amante huyó.

—¡Qué bárbaro! dirá *La Regeneracion*; ¿cómo se conoce que es liberal!

—Es cierto; si no fuera liberal, se hubiera aguantado.

PASATIEMPO

Solucion á la Charada del número anterior:—Dolores.

JEROGLÍFICO



(Las soluciones en el número próximo.)

ANUNCIOS

SOCIEDAD VINÍCOLA EN ESPAÑA

AVISO Á LOS CONSUMIDORES

En la calle de Tetuan, núm. 3 antiguo y 23 moderno, si que el despacho de los vinos tintos añejos, elaborados en las bodegas de la indicada Sociedad, bajo la direccion de Mr. Montalieu. Dichos vinos están premiados con medalla de 1.ª clase en la Exposicion de Bordeaux del año de 1865, y solo se espended en el indicado despacho, el cual nada tiene de comun con cualquiera otro que se anuncie con un titulo análogo al de esta Sociedad.—3

ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martin, calle del Lobo, número 10, se glasea toda clase de papel con la mayor prontitud y economia. Tambien se doran letreros é iniciales sobre cintas, petacas, carteras, etc. etc.

BAZAR DE CALZADO

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y saten, charol y chagren, becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construccion alemana. Precios moderados.

FÁBRICA DE CORSÉS

PREMIADA POR S. M.

Hortaleza, 1.

Á LAS DOS PALABRAS.

El corsé de esta fábrica lleva consigo la forma y propiedad de disminuir los vientres y de corregir las relajaciones.

EFICACIA

DE LAS PÍLDORAS DEPURATIVAS LAXANTES.

La acogida que ha encontrado nuestro específico dentro y fuera de España, indica bien claramente su importancia. Nuestras píldoras son el purgante más cómodo, más suave, más eficaz y más barato que se conoce. Curan los padecimientos del estómago, los del hígado, los que proceden de la crasitud de la sangre, los que nacen de un estado pletórico y congestivo, ya sea del pulmon ó del cerebro, los aneurismas, las jaquecas, las hidropesias, la clorosis, la hipocondria, la inapetencia, los dolores nerviosos, los insomnios, el asma, las obstrucciones, etc.; destruyen la bilis, las lombrices, y proporcionan apetito, vigor y el sueño propio de la salud y el bienestar.

Puntos de venta: Madrid, Hortaleza, 9, botica; Cádiz, Jordan; Cáceres, Dr. Salas; Córdoba, Raya; Coruña, Moreno; Badajoz, Orduña; Leon, Merino; Lisboa, Cabral; Málaga, Prolongo; Mérida, Guerrero; Jaen, Alvaro; Oporto, Araujo; Toledo, Duque; Salamanca, Villar; Vitigudino, Fernandez; Zamora, viuda de Escera.—4

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.